

HOMILIA DEL P. AGUSTIN ARREDONDO, S. J. EN LA MISA DE SAN FERNANDO

Instintivamente deseamos vivir. Y la misma vida, en sus aprehensiones y vivencias más elementales, nos gusta. Nos gusta, pero no nos satisface. Aspiramos a más. Queremos explicarnos esa vida. Somos racionales, y aspiramos a concebir un sentido de nuestra existencia que nos explique con certeza nuestra razón de ser: nuestro por qué y nuestro para qué.

A qué pocos hombres se les había dado esto antes de Cristo. Platón y Aristóteles hubo muy pocos; y en torno a ellos se agruparon en escuela hombres que pretendían que se les enseñara a vivir como hombres.

La suerte del resto, por lo demás, era dar culto a su vientre de una u otra forma, como diría San Pablo (Philip. III, 19); recurrir a contrahechas divinidades de su mitología a las que había que hacerse propicias; admitir un incontrolado eclecticismo de las religiones de los pueblos con que trataban, y respirar el enrarecido ambiente de la duda y el agnosticismo.

En cambio, con Cristo y su doctrina volvemos a tomar, y muy perfeccionada, la pristina concepción de sí que la humanidad tuvo desde su origen y conservó apenas durante los siglos posteriores.

En la primera lectura de hoy leemos el saludo inicial de una de las cartas del primer papa, San Pedro, que se dirige «a los que les ha cabido en suerte una fe tan preciosa como a nosotros» (II Petr. I, 1). Ya sabemos qué somos, de dónde venimos y adónde vamos. Y ese mismo sentido y dirección es el que vivimos y cultivamos los interesados por la Ciudad Católica en nuestras reuniones y publicaciones. Por esa fe, y con la práctica de las virtudes que ella anima, se llega en fin a la cima, señalada por San Pedro, del amor y caridad, que es la manera más perfecta y digna de vivir.

La palabra evangélica leída después nos amplía la misma idea, enseñada por el único Hombre que, según El dijo, merece con toda plenitud el nombre de Maestro (Mt. XXIII, 8): el mundo es una viña que se nos ha encargado por Quien es su propietario (Mc. XII, 1). Y nos la entregado perfectamente equipada, lejos de encargarnos que partiendo de cero nos buscáramos el terreno y empezáramos a trabajar desde la plantación de la primera cepa. El fue quien «plantó la viña, la rodeó con una cerca, cavó un lagar, construyó la casa del guarda, la arrendó a unos labradores y se marchó de viaje». Y ahora viene nuestra labor para enriquecer la savia de la plantación, enriquecernos unos a otros con la doctrina de la Revelación cristiana y del magisterio de la Iglesia, y lograr el máximo fruto, que es lo que exige toda labor agrícola y la razón de ser de sus afanes.

Y ¿qué tiene que ver con esta nuestra viña el gran Rey de Castilla y León, Fernando III, a quien elegimos desde el principio por patrono?

Hombre fue él también «a quien le cupo en suerte una fe tan preciosa como a nosotros», y una viña igualmente vasta que la tierra española. Y una madre, Berenguela, hija del Alfonso de las Navas de Tolosa, que le crió en esa fe, y hasta le legó, sagazmente y no sin dificultades, esta dichosa viña de España.

En efecto, fue la fe que de Berenguela recibiera la que con los años fuera haciendo madurar en su corazón opimos frutos de santidad; lo mismo que Blanca de Castilla, hermana de Berenguela, formara para la perfección cristiana al santo Luis de Francia, primo hermano de Fernando. Y fue también la sagacidad materna la que logró ingeniosamente para su hijo la doble corona de Castilla y León. La primera, haciéndose proclamar Reina de Castilla a la muerte de Enrique I. antes de que Alfonso IX de León, padre de Fernando, consiguiera para sí tal corona; y renunciando inmediatamente a esta suprema dignidad a favor de su hijo. Y la de León, pactando tal acuerdo a la muerte de su esposo con las dos hijas de éste, Sancha y Aldonza, a las que prometió a cambio determinada suma de dinero.

Así quedaron vinculados para la posteridad Castilla y León; e igualmente vinculados Castilla y León quedaron con el excelso Reino de los Cielos, mientras un Rey santo no pretendiera sino gobernar los reinos de este mundo con las altas consignas de la Ley de Dios.

Y esa fue la viña recibida por Fernando de su Dueño, Dios, para que la trabajara y extendiera.

La extendió bien, en verdad, con la ilusión de reconquistar la tierra hispana que vil traición disgregara siglos antes. Y al conseguir de nuevo Murcia, Jaén, Córdoba, Badajoz y Sevilla (para solo hablar de sus más sonadas conquistas), y hacer vasallo suyo al Rey de Granada, deja virtualmente concluida la reconquista secular, que no iba a ser definitivamente coronada hasta casi tres siglos después por la gesta de los Reyes Católicos.

Y es con su fe cristiana y con su santidad de vida con lo que se ocupa en el cultivo siempre variado y siempre constante de la viña de sus azares. Porque se guerrea en cristiano cuando la causa es noble, y los medios empleados también. Por eso Fernando tuvo siempre como dogma bélico no hacer la guerra más que contra el enemigo común: el moro, y jamás contra otros príncipes cristianos. Tampoco en la guerra batalló sin treguas, sin posibilidades de pactos de paz, y sin la generosidad del perdón concedido en lo posible a los vencidos.

Y sobre todo grande fue Fernando en la guerra cuando se le permitía desatenderla, y abandonar tan ardua labor de quitar las malezas de la viña para dedicarse a abonarla y dispensarle eficaces riegos de piedad y humanismo. Siendo la guerra un terrible mal que evitar en lo posible, no distrajo al Rey de las exigencias del gobierno de lo ya conquistado.

A más de administrar la justicia con la oportunidad y exactitud que su puesto exigía, no le falta tiempo para poner la primera piedra de las por siempre admirables catedrales de Burgos y Toledo, y promover la construcción de otras; fomenta la fe y religiosidad de los que le acompañan en la guerra; facilita la expansión de las Ordenes mendicantes de dominicos y franciscanos recién nacidas. Y en lo cultural, refuerza la Universidad de Salamanca con la anexión a ella de la de Palencia; traduce el Fuero Juzgo visigótico; y escribe en el lenguaje castellano, ya de cien años de edad para entonces, la nueva legislación que para sus reinos promulga. Y al arte de las catedrales une el cultivo personal de la poesía y la música; compone tal cual cantiga, secundada después por las inmortales de su hijo el Rey Sabio; y le queda tiempo para participar en torneos, arrojar la lanza, cazar y jugar al ajedrez.

En la visita del pasado 9 de diciembre al Sumo Pontífice por parte

de selectos protagonistas de nuestra Ciudad Católica, con ocasión de los veinticinco años de la publicación de la revista Verbo, exhortó precisamente el Papa a los presentes a profundizar en el legado cultural de nuestro pueblo, con el dinamismo y la crítica propia de esta labor. De dinamismo supo el Rey Fernando que contribuyó tanto a formar ese legado patrio que tenemos. Y de dinamismo crítico, para elegir los auténticos valores descubiertos, según el consejo del Apóstol (I. Thes. V, 21): «Probadlo todo, y quedaos con lo que es bueno; labor necesaria en todo tiempo, por ser sino del mundo en que vivimos la inevitable mezcla del verdadero trigo y la cizaña, con la cual es fuerza coexistir, y de la cual en todo momento debe quedar entresacada la verdad». Ni la posteridad ha de alabar luego a San Fernando por haber hecho muchas cosas, cuanto por haberlas hecho bien.

Recojamos las palabras de aliento del Padre Santo en aquella memorable ocasión; y sin negar el sano pluralismo en ellas aludido, confirmémonos en nuestro principio de que aquí no reconocemos modo alguno de vencer distinto de conencer.

Tampoco busquemos la fuente de nuestro éxito por otro camino distinto de la unión con Dios, que es lo que hizo triunfar a Fernando. Por eso nos hemos reunido en una iglesia para buscar ese dinamismo en el impercedero y universal tesoro que es la Misa, un día de este mayo más mariano que los otros años por haberlo querido así el Papa.

Bien entendía San Fernando esta manera de triunfar. Aquella imagen de la Virgen por algo iba siempre acompañándole colgada del arzón de su caballo; y a Ella brinda especialmente la entrada triunfal en Sevilla, que María conquista antes que nadie, cual después de siglos nos recuerda aún la Virgen de los Reyes entronizada en aquella catedral.

Y el Sacramento de los Altares que se pondrá dentro de unos momentos a nuestra disposición, nos recuerda también la última comunión del moribundo Fernando, perpetuada posteriormente por diversos autores de la pintura, y por quien en crónica inigualable contaba al mundo con augusta pluma esta suprema escena de su padre: salta del lecho ante la presencia de Cristo, se echa al cuello una soga, y recibe con toda fe al que dijo que quien comiera su pan viviría eternamente (Io. VI, 52).

El que vino a iluminar a los que yacían en las tinieblas y muerte del agnosticismo y la desorientación (Lc. I, 79), nos traiga esa Verdad que es El (Io. XIV, 6), único que puede dirigir eficazmente nuestras inteligencias por el camino de la paz.

DISCURSO DE MARIA DEL CARMEN DE LA CIGOÑA Y CANTERO

Queridos amigos de la Ciudad Católica:

Como todos los años nos hemos reunido hoy aquí para honrar a nuestro Patrón, San Fernando, y pedirle que siga inspirando nuestra acción. Echando una ojeada a las crónicas de los pasados años, y son ya 21, he comprobado que se ha enlazado a este rey santo desde todos los aspectos de su vida.